piter Capitolino eran las inscripciones, los escudos de honor, los trofeos y las victorias ofrecidas al templo por particulares ó por el Estado: tan numerosos eran los monumentos conmemorativos que de cuando en cuando había necesidad de limpiar y raspar las columnas del santuario. Un verdadero tesoro para la historia contenían aquellas inscripciones, pues los generales tenían por costumbre, ántes de triunfar, escribir allí sus hazañas en versos saturninos. Algunas nos han conservado los autores, entre otras aquella en que T. Quincio Cincinnato explica las victorias por él alcanzadas contra los Prenestinos por la gracia de Júpiter y otras divinidades. De los Cartagineses tomaron los Romanos el uso de los escudos votivos de oro ó plata, y de la misma época data el dirigirse á la imaginacion popular por medio de grandes cuadros representando las victorias alcanzadas. Algun tiempo despues, desde que Hieron de Siracusa envió al Senado una estatua de la Victoria, las victorias y los trofeos se multiplicaron hasta lo infinito, dando al grandioso templo sublime aspecto de majestad y riqueza.

Y si pasando sus umbrales tendíase la vista por el exterior no era el espectáculo ménos imponente: muchos santuarios se agrupaban allí como al rededor de su centro, lo mismo que numerosas estatuas de divinidades y de grandes hombres; una série de magníficos arcos de triunfo empezaba en los barrios más populosos para llegar por el Foro hasta el pié del Capitolio, y á aquel conjunto daban aún mayor realce los muchos trofeos erigidos y el extraordinario número de pinturas griegas traídas por los triunfadores. Entre las estatuas de los dioses estaban las de Júpiter, la de Zeus Urios, el dios de los vientos favorables, traida de Macedonia; la de Apolo, y muchas de Marte, Hércules, etc. Las de romanos ilustres eran en mayor número todavía, siendo en la época de la república muy estimada honra el tener su propia estatua cerca de la de Júpiter; veíanse allí las de los siete reyes, y á su lado se levantaba la de Bruto. César quiso tener tambien la suya junto á ellos, y dícese que esto contribuyó á su desastrosa muerte. En tiempo de Augusto llegaron á ser en tanto número las estatuas, que muchas fueron trasladadas al campo de Marte. El primer Africano fué quien obtuvo mayor distincion; su imágen quedó colocada en el santuario mismo de Júpiter, ya que Escipion, muy devoto del dios, subía diariamente al Capitolio para tributarle homenaje de piadosa y ferviente veneracion. Jamas el emperador salía de la ciudad sin visitar ántes el Capitolio y dirigir solemnes preces á Júpiter; y á su regreso, ántes de entrar en el palacio imperial, exigía la costumbre hacer igual visita á Júpiter.

Así como Júpiter Capitolino era el primero en la celestial jerarquía, éralo en la sacerdotal el *Flamen Dialis*, instituido por durante su vida sacerdote de aquella divinidad; en su traje, en la pompa con que se presentaba en público descubría lo elevado de su cargo. Él, entre los sacerdotes, era el único que estaba excluido de las cargas civiles para más realzar así su religioso carácter; tenía prohibicion de montar á caballo y de ver tropas en armas fuera del *Pomœrium* ó sea el muro de la ciudad. El que cortaba su barba y su cabello no podía ser esclavo, y como esta otras muchas particularidades y prohibiciones minuciosas, manifestando todas el carácter ejemplar de que había de estar revestido. Para el *Flamen Dialis* la sede de marfil, la túnica real, el anillo de oro, el derecho de hacer gracia á los condenados á azotes que á su paso hallaba, y el de ir precedido de un lictor; de él partía la autorizacion para dar comienzo á la vendimia, y á él tocaba bendecir á los ejércitos, proporcionar el fuego sagrado para los sacrificios y conjurar los dioses contra los enemigos de la república. Los demas *flamines* cubrían su cabeza con un velo de color de fuego, de lo cual procedía su nombre; el *flamen dialis* usaba de una especie de bonete hecho de la piel de una víctima blanca, rodeado de una rama de olivo, para indicar que su presencia llevaba por do quiera la paz. Solía presentarse acompañado de su mujer, la Flamínica, consagrada al culto de Juno.

Otros sacerdotes de Júpiter eran en Roma los *feciales*, colegio religioso de veinte individuos, instituido por los primeros reyes. Invocaban de ordinario al dios con el nombre de Diespiter, padre de la luz, y uno de sus deberes públicos más interesantes consistía en perpetuar por tradicion oral la memoria de los tratados celebrados con otras ciudades y estados. Archivos vivientes, los *feciales* daban su dictámen en los casos de violacion de esos tratados y sobre los derechos de los mismos derivados; un *fecial* era el que marchaba al territorio de la nacion contra quien se reclamaba por agravio ú otra causa, y pronunciaba estas palabras: «Júpiter, óyeme; oidme, dioses de las fronteras, y óyeme tú, sagrado oráculo del derecho; mensajero del pueblo romano, vengo movido por causa justa y mis palabras han de merecer entero crédito.» Expresaba aquí la pretension de Roma, y despues de invocar nuevamente á Júpiter, añadía: «Si mi demanda es contraria al derecho, haz que no pueda volver jamas á mi patria.» Transcurriendo treinta y tres dias sin otorgar lo exigido, el fecial hacía constar el rompimiento en estos términos: «Júpiter, óyeme; óyeme, Jano Quirino, y vosotros, dioses del cielo, de la tierra y de los infiernos, oidme todos, que á todos invoco como testimonios de que este pueblo es injusto y conculca nuestro derecho.» Regresaba en seguida á Roma para volver luégo que el rey ó los cónsules habían decretado la guerra; entónces, en presencia de tres testigos, declaraba formal y solemnemente abiertas las hostilidades, y lanzaba la lanza tradicional al territorio enemigo.

Era uno de los símbolos de los Feciales una mata de verbena, que el rey ó el cónsul les entregaba y que delante de cada uno llevaba un *Verbenarius*, como signo de paz y concordia. Cogíanse aquellas matas en la cumbre del Capitolio con las raíces y toda la tierra que éstas abrazaban, para que aquella poca tierra consagrada representase todo el suelo de que formara parte.

Al templo de Júpiter Capitolino subían los generales al regresar de gloriosa expedicion para tributarle el homenaje de sus victorias; en la primera grada de su pórtico concluía la vía triunfal, y así como todos los caminos del vasto imperio iban á morir en la coluna miliar plantada al pié del Capitolio, las infinitas huellas de gloria y de sangre que á su paso dejara en cien pueblos la fortuna de Roma reuníanse todas al pié del altar Capitolino. Ofrecíanse en los otros templos frutos y entrañas palpitantes; en el de Júpiter Óptimo Máximo se realizaba una inmolacion diferente, la inmolacion política: Roma, arrastrando en pos de sí los quebrantados destinos del mundo por ella subyugado, ofrecía en cierto modo al dios una hecatombe de reyes y pueblos.

Porque el triunfo era más que un espectáculo militar; era al propio tiempo que esto y más que esto una fiesta religiosa en honor del supremo dios del Capitolio. De ahí el sacrificio ofrecido á Júpiter por los cónsules al tomar posesion de su cargo y las solemnes preces que le dirigían al partir á la guerra, escoltados por sus amigos. Y al regresar alguno de ellos victorioso de los campos de batalla, si había dotado á la república de nuevos territorios, la gran ciudad se vestía de gala para recibirle, y toda ella rebosaba en alegre agitacion desde que empezaban los preparativos del triunfo que de ordinario se prolongaban por espacio de muchos dias. Todo el Foro, la Vía-Sacra hasta las gradas del Capitolio por donde había de pasar la religiosa y marcial comitiva se cubrían con toldos de seda; el general vencedor y una parte de las tropas victoriosas que habían permanecido fuera de Roma hasta el dia señalado, avanzaban llegado éste por el curso acostumbrado entre aclamaciones, flores y coronas. Los prisioneros les preceden; aquella vía de triunfo lo fué de punzantes dolores para gran número de reyes y reinas y caudillos desventurados á quienes arrollara el providencial destino del pueblo romano: por ella pasaron encadenados y con la muerte en el alma los arrogantes y tenaces Españoles, los Galos valerosos, los taimados y temibles Africanos, el altivo Yugurtha, la egipcia Arsinoe, hermana de Cleopatra famosa, el galo Vercingetorix, un hijo del rey númida Juba, los reyes de Oriente, los guerreros cimbrios y germanos. Las ciudades conquistadas, las victorias alcanzadas eran representadas en imágenes de madera preciosa, de concha ó marfil; estatuas de oro y plata figuraban los mares, rios ó comarcas sobre las que se había extendido con aquellas victorias la dominacion de Roma. Al triunfar en tiempo de Augusto el español Cornelio Balbo que fué el primer provinciano que obtuvo honor semejante, el general que había llevado las águilas romanas al Africa, más allá de las montañas Negras, á los desiertos de Fazan, entre naciones ignoradas ó únicamente conocidas por contradictorios y oscuros relatos, hizo desfilar ante el pueblo maravillado los extraños nombres y las efigies de veintitres ciudades ó tribus bárbaras por él subyugadas, á la cabeza de las cuales estaba la nacion hasta entónces fabulosa de los Garamantes. Y despues de las enseñas de todas clases, de las armas cogidas al enemigo, entre sus más renombrados capitanes, venía el triunfador como viviente imágen de Júpiter Capitolino, á quien debía su victoria y á cuyos piés iba á deponer los bélicos laureles. El carro triunfal era representacion del cuadríyugo de Júpiter; la túnica, la toga del triunfador, su cetro de marfil, su corona, todo recordaba en él las insignias del dios. Llegado á la cumbre del Capitolio, bajaba del carro, subía las gradas del templo (algunos generales las subieron de rodillas), y acercándose humildemente á la estatua de Júpiter, depositaba á sus piés el laurel ó la palma del triunfo. Seguían á esto el sacrificio y el festin solemne en el templo presidido por el triunfador con asistencia del Senado; el sacrificio y el banquete en el cual se comía una parte de las reses sacrificadas eran una misma cosa: sin el último no podía existir el primero. Por lo general el fuego consumía los muslos de la víctima, y las entrañas asadas se repartían á los asistentes, sirviendo como de signo de comunion entre ellos.

Al culto de Júpiter Óptimo Máximo pertenecían los juegos romanos, los grandes juegos *(ludi magni* ó *maximi)*, los juegos plebeyos y los capitolinos. Todos ellos comenzaban con un sacrificio y un festin verificados precisamente el dia de los *idus*, especialmente consagrado á Júpiter; los juegos romanos, los plebeyos y los capitolinos eran anuales, y se celebraban respectivamente en los idus de setiembre, en los idus de noviembre y en los idus de octubre.

Los juegos romanos eran la principal y más solemne fiesta de la ciudad eterna; instituidos por los Tarquinos y llevando impreso el sello de las costumbres de Roma, es lo cierto que eran en su esencia muy parecidos á las fiestas populares de Grecia que ántes hemos descrito; los ejercicios no se diferenciaban de los de Olimpia cantados por Píndaro: la carrera, el pugilato, el disco; el premio era idéntico: en Roma y en Grecia el vencedor recibía una corona, y en una y otra parte no se tenía por vencedor en la carrera de carros al cochero sino al propietario del tiro. En Grecia únicamente los hombres libres y de sangre griega podían bajar á la arena; en los primeros años sólo los ciudadanos pudieron en Roma tomar parte en los juegos; pero á poco fueron en ellos admitidos libertos, extranjeros y hasta esclavos.

En el Capitolio se formaba la procesion que inauguraba los juegos, y atravesando el Foro se dirigía al Circo Máximo, edificado entre los montes Aventino y Palatino; las plazas, las calles, las graderías del circo estaban atestadas de espectadores. Abrían la marcha los soldados de á pié y de á caballo, que procedentes de los ejércitos habían llegado á Roma con motivo del otoño, rindiendo así á Júpiter el homenaje de su agradecimiento; venían

luego los luchadores, y despues del magistrado presidente de los juegos, rodeado de sus familiares y clientes, con corona de encina adornada de oro y diamantes, los servidores de los dioses con los vasos turiferarios y demas utensilios del culto escoltando las andas con los atributos de las tres divinidades capitolinas que asistian así por medio de símbolos á los juegos en honra suya celebrados. Eran los de Júpiter propios de la majestad real, de la victoria y del triunfo: el rayo, el cetro con el águila, la corona de oro, la túnica *palmata*, la toga *picta* y la silla curul, que quedaron como emblemas de la monarquía primero y despues de las magistraturas republicanas. Seguian animados grupos de bailadores, en danza seria unos y jocosa otros; había en los primeros hombres ya maduros, jóvenes y niños, todos con túnica encarnada y cinturon de metal, armados con espadas ó picas; los hombres llevaban ademas casco y coraza. Los segundos formaban dos filas: en la una los *corderos*, vestidos en efecto de pieles de oveja, con adornos de vivos colores, y en la otra los *machos cabríos*, desnudos hasta la cintura y con una piel de aquel animal caída á la espalda. Los tañedores de flauta, la antiquísima corporacion sacerdotal de los *salii* (saltadores), los sacerdotes de Júpiter, y entre éstos las imágenes de los dioses, cerraban la vistosa comitiva.

Imágen los juegos de la guerra que en aquel tiempo se hacía, luchábase en ellos en carros, á caballo y á pié. La carrera de carros los inauguraba; cada uno, conforme á los homéricos relatos, llevaba su cochero y su hombre de armas, y este último saltaba despues á tierra para seguir combatiendo. Llegaba luego su vez á los jinetes con su caballo de batalla y su caballo de mano *(desultor)*, segun la usanza romana; el ejercicio del disco venía despues, y por fin los de á pié, sin más vestido que un tonelete, disputábanse el premio de la carrera. En un principio empezaban y concluían estos juegos en un mismo dia; más adelante se prolongaron por espacio de cuatro, y últimamente llegaron á durar seis. En el año 390 de Roma (364 ántes de J. C.) introdújose otra innovacion: levantóse en la arena del circo un tablado, y durante los tres primeros dias dábanse representaciones escénicas.

Los grandes juegos no se celebraban periódicamente ni en época determinada; eran fiestas votivas motivadas por circunstancias azarosas y extraordinarias. Al emprender una peligrosa campaña, por ejemplo, prometíanse á Júpiter los grandes juegos, y pasado que era el peligro, procedíase á celebrarlos: la primera fiesta de esta clase data de una derrota de los Latinos en las riberas del lago de Regilla en el año 258 de Roma. Los historiadores expresan el escrupuloso cuidado con que esas fiestas se verificaban, y el rigor con que otra vez se daba á ellas comienzo cada vez que un incidente cualquiera alteraba el curso prescrito. Como los juegos romanos, los juegos *maximi* se componían de sacrificios, festines, procesiones y ejercicios en el Circo; pero no constan en sus programas las representaciones escénicas. A veces, en lugar de los ejercicios del Circo, se ofrecían á Júpiter sacrificios considerables; cuando la guerra púnica le fueron inmoladas hecatombes enteras, y en algun caso se le dedicó un *ver sacrum*.

Los juegos plebeyos tuvieron indudablemente orígen en la antigua contienda entre patricios y plebeyos, y sólo á éstos estuvieron en un principio destinados, corriendo su organizacion á cargo de sus propios magistrados. Aunque tiempo despues se verificó la fusion de ambas clases, continuaron subsistentes los dos juegos, con la única diferencia de celebrarse los ejercicios de la carrera y la lucha en el nuevo Circo que elevara el demagogo Cayo Flaminio en el año 534. A lo que vemos en los calendarios de la época de Augusto duraba la fiesta desde el dia 4 al 17 de noviembre: los ocho primeros dias estaban consagrados á representaciones escénicas; el de los idus era el del sacrificio y del festin, en el cual primitivamente sólo tomaban parte dos magistrados plebeyos, y del 14 al 17 se verificaban los juegos del Circo, que segun parece no iban precedidos como en los juegos romanos de la ostentosa procesion.

Finalmente, celebrábanse ademas en honor de Júpiter juegos capitolinos, acerca de los cuales se tienen muy incompletas noticias. Decía una tradicion que Rómulo los había instituido, al paso que otra no ménos difundida atribuía su institucion al peligro en que la invasion gala puso los destinos de Roma y á la milagrosa salvacion del Capitolio. Domiciano fundó otros juegos capitolinos de que hacen frecuente mencion los poetas é historiadores de la época, y consistían, conforme á la usanza que prevalecía en Grecia, en certámenes de música, en carreras y luchas de toda clase.

Cuando se introdujeron los últimos juegos en la época imperial, habían ya experimentado los anteriores, cuya somera explicacion llevamos hecha, muy grandes modificaciones, resultado de irse perdiendo en la república la primitiva sencillez y pureza de costumbres, y de haber entrado en la senda de depravacion que había de llevarla á ser corrompida sentina de todos los vicios y de las crueldades todas. El estragado gusto del pueblo romano no se satisfacía ya con los tradicionales espectáculos, y empezándose por lanzar y correr liebres y zorras ante el público del Circo, se llegó á presentar en la arena las fieras de la Libia; algunos leones y panteras fueron llevados á Roma por primera vez en el año 568, y dando la muerte y recibiéndola, lograron despertar las embotadas sensaciones de los espectadores. La ley votada por el Senado prohibiendo llevar á Roma animales exóticos acabó por ser expresamente derogada, y desde aquel entónces los combates de fieras en la arena del Circo fueron el principal episodio de los juegos. En el año 651 presentáronse varios leones á la vez; en 655 aparecieron elefantes en el Circo, y en 661, siendo pretor Sila, salieron cien leones en un solo dia.

Y no era esto todo: á las antiguas luchas de fuerza,

RAPTO DE LAS SABINAS.

(Copia de un cuadro de F. Pradilla (Museo de la Academia de Bellas Artes de Madrid)

agilidad y destreza, habían sucedido sangrientos combates entre gente asalariada: de Etruria y Campania pasó á Roma el horrible espectáculo de los gladiadores, y ya en el año 490 enrojecióse con sangre humana la arena del circo para solaz de los espectadores. Tambien el Senado quiso oponer una valla á tan bárbara costumbre, pero fué en vano; si por algun tiempo cesó en las fiestas públicas, continuó en las privadas y en especial en los funerales, volviendo á ser parte principalísima de todos los juegos en la postrera época de la república. Trescientas veinte parejas de gladiadores con armaduras de plata combatieron en los que se celebraron siendo edil Cayo Julio César, ídolo de la plebe romana; y del propio tiempo data en esta repugnante lucha una innovacion abominable: la ley del duelo ó la libre voluntad del vencedor no es ya la que dispone de la vida ó de la muerte del vencido; en adelante decide de ella el capricho de los espectadores, y á una señal dada el vencedor levanta ó remata al desventurado que yace en la arena.

A la par que los juegos en honor de Júpiter Capitolino habían sufrido tan grande variacion y envilecimiento, era tambien distinto el lugar en que se celebraban. No bastando el Circo Máximo y el de Flaminio para la diversion del pueblo romano, Augusto, fundador del imperio, concibió el proyecto de construir un vasto anfiteatro [1] en el centro de la ciudad; Vespasiano comenzó á realizarlo, y acaecida su muerte fué llevado á conclusion por su hijo Tito en el segundo y último año de su reinado que corresponde al 80 de la era cristiana. Aquella obra monumental y famosa entre todas las de Roma fué el Coliseo en cuya arena había de empeñarse la gran batalla en que perecieron los mitos que estamos explicando y quedó triunfante la Verdad eterna. En los juegos con que su inauguracion fué celebrada hallaron la muerte diez mil hombres y quinientas fieras. Las imponentes ruinas de tal monumento son aún hoy grandiosa y completa expresion de la Roma pagana: detengámonos, pues, en su descripcion, y veamos una de las fiestas que allí se celebraron en la época imperial, ya que ántes hemos explicado las que se verificaban en los tiempos anteriores.

Al levantar el soberbio edificio como emblema de la grandeza romana, Vespasiano y Tito quisieron sobrepujar los dos anfiteatros de piedra que poseía ya Roma, y ofuscar las pompas que en otro tiempo se habían desplegado en la Casa Dorada de Neron, siendo tambien de presumir que las impresiones que recibieran durante su permanencia en Oriente no dejarían de ejercer gran influencia en el plan del gigantesco monumento. Palestina, Siria y Egipto les familiarizaron con una antigua arquitectura que tendía á la grandiosidad así como la griega aspiraba á lo bello, y una y otra tendencia parecieron combinarse en la obra del Coliseo. Al arte griego debe, ademas de la armonía en las proporciones, sus tres órdenes de construccion: el dórico, el jónio y el corintio, sobrepuestos uno á otro, al tiempo que su mole atrevida por lo colosal, de lo que parece derivarse su nombre de Coliseo ó Coloso [1], de mayor altura que el monte Palatino y el Celio, asemejando por lo exterior un monte y por dentro un valle, excede los límites en que de ordinario se encerraron el arte griego y el romano. Celebrando la obra del Coliseo dice Marcial que ya nada tiene Roma que envidiar á Oriente, y que su anfiteatro ha dejado muy atrás las portentosas pirámides de Memfis y las construcciones de Babilonia. El Coliseo, que pudo contener más de cien mil espectadores, fué un coloso oriental con vestimenta griega.

Frecuente cosa es que las mayores obras de los hombres reconozcan por cimientos otras grandes obras destruidas, y el Coliseo, ajustándose á esta regla, fué levantado con el auxilio de una doble ruina, la de un edificio y la de un pueblo. La Casa Dorada de Neron, derribada por Vespasiano y Tito, proporcionó los materiales; la Judea, desfallecida y subyugada, dió por obreros sus cautivos, primeros fragmentos de un pueblo que iba á diseminar sus resíduos por toda la tierra. Así es como en materia de monumentos es el Coliseo el primer y mayor testimonio de la dispersion de los judíos, del mismo modo que el templo de Jerusalen que acababa de caer derribado al suelo al abrir Tito el espacioso anfiteatro, lo había sido de su providencial unidad.

Para describir una de las fiestas que en el Coliseo se celebraban empecemos por representarnos, á tenor de los numerosos relatos que han dejado los autores de aquella época, lo que habría pasado á nuestra vista á habernos estacionado muy de madrugada en la esquina de la Via Sacra el dia destinado á uno de los famosos espectáculos.

El sol, al asomar por los montes de Prenesta, dora la parte oriental del Coliseo, y sus primeros rayos, al penetrar en su recinto por las aberturas del ático, pintan cuadrados de luz en las sombrías paredes. En lo interior todo es aún soledad y silencio, mas en los alrededores comienzan la agitacion y el movimiento: algunos esclavos guían, sujetos con purpúreas cuerdas, animales mansos por naturaleza ó domesticados que han de salir á la arena. Otros animales fieros, procedentes de remotos países, llegan en carretas, encerrados en pintadas jaulas, y escoltados por guardianes de atezado rostro y crespa cabellera. Ya acuden los soldados que han de prestar servicio en el Coliseo, revestidos con sus clámides blancas, al tiempo que junto al pedestal del coloso de Neron y de los elefantes de bronce de la Via Sacra van agrupándose los curiosos más diligentes, aguardando la hora en que se abrirán las puertas. Aquello no es ya la calma ordinaria; tam-

[1] La voz griega de *Anfiteatro* equivalía á teatro doble. El teatro tenía la forma semicircular, y dos semicírculos unidos formaban el anfiteatro.

[1] Opinan algunos que tal denominacion procede de la colosal estatua de Neron erigida en las inmediaciones del anfiteatro.

poco es el tumulto: idas y venidas, grupos que se forman y un momento despues se dispersan; en las siete colinas, en medio de las cuales se alza el Coliseo, al que forman como una corona, despiértase la agitacion; de cerca y de léjos óyense mil rumores confusos á la vez que significativos: son como susurro precursor del clamoreo de la fiesta, como los primeros ímpetus del huracan de gozo y furor que en breve ha de desencadenarse y llenar con sus rugidos el vasto anfiteatro.

En esto varias personas de solícito aspecto penetran en el edificio: son los inspectores y administradores de los juegos, y van á examinar si se halla todo bien dispuesto, si se ha omitido alguna precaucion contra los accidentes que podrían dañar á los espectadores, si la arena del circo se encuentra apisonada y limpia. En los tiempos de Calígula y Neron se habían dado ejemplos de cubrirla con una mezcla de crisólito, vermellon y limaduras de piedras preciosas; mas por lo comun se emplea para ello una piedra muy blanca y quebradiza reducida á polvo, la que tiene el aspecto de una alfombra de nieve.

Otros preparativos se realizan en la parte superior del edificio, en toda la circunferencia del ático; levántanse allí entenas á poca distancia una de otra, que sostienen por medio de poleas un complicado sistema de cuerdas; al darse la señal, á fin de evitar la lluvia ó los ardores del sol, los soldados de marina allí apostados tiran de ellas, las entenas crujen y de todos los puntos de la circunferencia se desarrollan velas que van cubriendo la parte del recinto á que por su forma y dimension corresponden hasta unirse todas por su extremo y á cierta altura en el centro de la arena, formando como una sola y vasta techumbre. En el del antiguo circo habíase representado á Neron guiando el carro del sol por el cielo estrellado; el del anfiteatro de Tito era una tela de seda con bordados de oro. El color generalmente empleado en el toldo era el purpúreo; al atravesarlo los rayos del sol esparcían mágicos reflejos sobre las gradas, los espectadores y la blanca arena, la cual tomaba un tinte rosáceo, ínterin recibía manchas de color más subido.

Miéntras esto se dispone en la region superior del Coliseo, invisibles preparativos se hacían en los subterráneos que comunicaban con el Circo por medio de pasadizos cerrados con puertas de hierro. Allí estaban encerradas las fieras; de allí saltarán á la arena al sonar la señal. Otro uso tienen ademas los subterráneos: en ciertos dias de grandes fiestas inundan el Circo y lo convierten en mar donde se empeñan combates navales. A veces de los costados de un buque, de repente estrellado, salen animales de todas clases que buscan á nado su salvacion. En otras ocasiones el suelo se hiende y resquebraja, y de aquellas hendiduras brotan árboles con frutos de oro, como los del jardin de las Hespérides. Varias fieras corren por la encantada selva; los árboles se mueven á imitacion de los que Orfeo arrastraba en pos de sí, y para que nada falte á la verdad de la representacion, el Orfeo del espectáculo es despedazado por los osos. De la maquinaria oculta en los subterráneos depende esa magia teatral, y los inspectores la examinan con gran atencion para cerciorarse de que su juego será pronto y seguro. Una falta cualquiera que burlare las esperanzas concebidas por el emperador ó por el pueblo, habría de ser con gran rigor castigada.

Ya en esto crecen á cada instante el rumor y la agitacion en las cercanías del Coliseo, y van acercándose á él por todos lados. El círculo se estrecha al rededor de la mole muda aún y casi solitaria, hasta que llegando las olas del gentío que una á otra se empujan al pié del edificio, penetran por las puertas inferiores, suben por las escaleras como el mar en su flujo, corren por las galerías abiertas en los flancos del coloso, invaden las salidas interiores, y en breve las bocas de los *vomitorios*[1], cual antros donde las aguas se han amontonado, derraman torrentes de espectadores por todas las gradas del anfiteatro.

El recinto destinado á los espectadores comprende dos regiones: las gradas de piedra y las galerías superiores.

De tres secciones consta la primera: la una, por nombre la Orquesta, está reservada á los grandes personajes, á los principales magistrados y á los senadores; en la segunda, llamada *Equestria*, se colocan los caballeros; la tercera, *Popularia*, recibe al pueblo romano propiamente dicho, esto es, los ciudadanos. La primera, ó la Orquesta, es la más inmediata á la arena, y los sitios en ella preferentes son los de la plataforma del muro que forma el recinto, llamado *podium* real. Allí está el asiento del emperador, más elevado que los otros y bajo dosel; junto al mismo el tribunal del pretor y en seguida el banco de las Vestales y el de los sacerdotes. En el propio sitio tienen sus sillas curules con esculturas de marfil y oro los consulares y los primeros dignatarios del imperio; las que quedan desocupadas pertenecen á los personajes ausentes en servicio del Estado. Junto al *podium*, en todo el ámbito del recinto, corre el *Euripe*, corriente de agua destinada á mantener alejadas las fieras.

A continuacion de la Orquesta se elevan las gradas del órden ecuestre; tambien en ellas tienen sitio destinado algunos dignatarios y los tribunos militares, á quienes se distingue de léjos por sus mantos de nítida blancura.

Viene luégo, en la parte superior, la gradería de los ciudadanos; los militares están separados de los paisanos, los casados de los solteros; los mozos que visten la toga *pretexta* tienen señalado sitio especial, y junto á ellos están sus pedagogos. Las gradas populares no ofrecen el aspecto deslumbrante de la Orquesta; pero el conjunto es vistoso y agradable, vestidos como van los concurrentes con su traje de fiesta.

Consideremos ahora las galerías altas: de la parte superior de la gradería arranca un muro que da la vuelta

[1] Vomitoria in spectaculis dicimus unde homines glomeratim ingredientes in sedilia se fundunt. (Macrob., in *Saturn.*, l. VI, c. 4).

al recinto; aquello es el *podium* popular, y en él se coloca la plebe romana en bancos de madera; á cierta distancia uno de otro hay colocados anchos asientos reservados para las mujeres, á las que ha relegado á aquel punto un decreto de Augusto, á fin de que sólo de léjos presencien los ejercicios de los atletas. Los reflejos del purpúreo toldo realzan el tono oscuro que domina en los vestidos de aquellos espectadores. En la primera fila del *podium* se sientan los músicos, cuyos clarines habrán de animar á los combatientes y festejar á los vencedores.

El último piso ocúpanlo los maquinistas, los soldados de marina y cuantos empleados necesita el servicio del Coliseo. Parte de la plebe puede tambien refugiarse allí con tal que su número no estorbe las maniobras.

Variados incidentes ocupan en aquellos momentos de espera la atencion de los espectadores; el tumulto que en aquel punto se promueve es debido á que un hombre se ha introducido en seccion que no le es propia, y el público se empeña en que ha de abandonar el sitio; de considerarse injustamente lastimado cábele facultad para entablar la accion correspondiente. Los extranjeros, que con exóticos trajes se presentan en la Orquesta junto á los senadores, llaman por un instante la atencion popular: allí los enviados de los Armenios y Partos, hijos del Asia, se encuentran con los de Germania, de blanca tez y cabellera rubia; allí están el Árabe, el morador del alto Egipto, que bebe en las cataratas el agua del Nilo; el Sármata, que se alimenta con la sangre de sus caballos; el Cilicio, el Etiopio y el Sicambro. Los grandes personajes de Roma atraen igualmente las miradas del gentío á proporcion que van llegando: unos son recibidos con aplausos, otros con silbidos. Las antiguas licencias del Foro se han refugiado en los circos; en ellos le queda al pueblo la libertad de la gritería y del insulto, y de aquellas gradas se eleva un clamoreo que se asemeja á los bramidos del mar.

Pero llega la hora, y todo está pronto; los músicos ocupan su banco en la galería superior; las vestales, llegadas en litera, se sientan en su sitio; ahogados rugidos que se oyen á traves de las férreas puertas de los subterráneos indican que tambien las fieras ocupan el suyo. De pronto todos los ojos se fijan en el corredor que guía á la puerta sin número que se abre en el monte Esquilino, la puerta imperial, y entra el emperador y se encamina á su trono. Los espectadores todos se levantan, los lictores humillan sus haces; los senadores y las vestales se inclinan, de todos los puntos del Coliseo salen ruidosas aclamaciones. «¡Tú eres el señor, tú el dueño! ¡Tuya es la victoria!» repiten los sonoros ecos del edificio, y hasta en los subterráneos sienten temor los leones por aquella inusitada gritería, más fuerte que sus rugidos, más impetuosa que el huracan del desierto; por un momento enmudecen, y los cortesanos no dejan de decir que hasta las fieras experimentan á su modo la impresion de la divina majestad cesárea asociándose con su silencio al general respeto.

El dia en que el emperador no asiste á los juegos, presídelos el pretor, llevando en la mano cetro de marfil rematado en un águila. Un esclavo sostiene sobre su cabeza una diadema de oro.

No todo eran en el Coliseo escenas de furor y de muerte; aquellos largos espectáculos, que como se ha dicho, duraban dias enteros, ofrecían lo grotesco mezclado con lo trágico, lo jovial con lo horrible. Preséntase un elefante funámbulo, que por una cuerda sube y baja de la parte superior del edificio. Un oso, ataviado como una matrona, da un paseo llevado en silla de manos; otro, con las insignias de la curia, imita la actitud y los gestos de los abogados. Un leon con las uñas doradas y collar de oro sacude su melena sembrada de pedrería y hace mil juegos con la aterrorizada liebre que ponen en su boca. Por una puerta del Circo se adelantan doce elefantes, seis machos con la toga y seis hembras con faldas; despues de dar la vuelta á la arena se detienen delante de mesas de marfil cubiertas de manjares; comen con pulcritud, beben en copas de oro y rocían á los espectadores inmediatos. Otros elefantes se presentan en un traje como de baile, esparcen flores por la arena y se entregan á la danza pírrica.

Pero óyese el chasquido del látigo, al que contestan más fieros rugidos; con golpes, con hierros candentes excítase la ira de las fieras. Un leon corre por la arena con una llama clavada en el lomo; á los elefantes danles á beber un licor irritante, y al encontrarse revueltos en el Circo cada uno de aquellos animales se enciende con el furor de todos. Las confundidas voces de los leones, de los elefantes, de los toros, de los osos y leopardos junto con los gritos y el golpear de los espectadores forman la bárbara música que los excita y anima como los cantos de guerra llevan á la matanza los soldados. Su rabia llegaba á un punto tal que un autor, al describirla, dijo que rompía sus hinchados pechos, harto débiles para contener la inmensa cólera que dentro de ellos ardía. Unos quedan por largo tiempo inmóviles, alargando el cuello, erizada la melena y arqueado el espinazo; otros escarban la arena con las garras y se envuelven en nubes de polvo. Devorándose ántes entre sí diríase que quieren con ello mejor prepararse para despedazar á los hombres, pasando, como en un festín, de lo bueno á lo mejor; y cuando un leon ó un tigre se ha distinguido por horrible carnicería de hombres y animales, el pueblo se siente poseído hacia él de admiracion y cariño: por el goce experimentado renuncia á los que en adelante su fuerza y brío le prometen, y á gritos pide que se saque del Circo y se devuelva la libertad del desierto en premio de sus proezas á aquel héroe del anfiteatro. Y en tanto frenéticos aplausos le saludan desde todos los bancos cuando, dueño del campo de batalla, pasea lentamente por entre los mutilados cuerpos de sus víctimas, como si tomara posesion del recinto por su fiereza despoblado.

Al tiempo que de la arena se levanta una nube de

polvo y de sangre, siéntese en el ambiente como odorífero rocío. Arden en varios puntos de las gradas y galerías, disimulados á la vista del espectador, hornillos en los que hierve una mistura de vino, azafran y hierbas aromáticas; pasa el vapor por angostas y ocultas cañerías, y se exhala por las aberturas al efecto practicadas ó por la boca de varias estatuas huecas. Suave fragancia se esparce por do quiera, y diríase que el coloso, al tiempo que se empapa en sangre, despide aromático aliento.

Comienzan en seguida los combates entre hombres y fieras. Hay en primer lugar los gladiadores que se sirven contra ellas de sus armas; luego los cazadores que no emplean otras que la destreza. Unos tienen la de envolver con un trapo la cabeza del leon; otros la de impedirle con el puño el movimiento de sus quijadas; estos los engañan arrojándoles el manto; aquellos burlan la estúpida ferocidad de los osos por medio de una máquina que con su movimiento de rotacion les quita de enfrente al adversario al irlo á ahogar con sus enormes patas delanteras. Tan maravillosa es la agilidad de los cazadores, sus saltos tan atrevidos, sus movimientos tan rápidos que no parece sino que dotados de alas vuelan por entre los dientes y las garras de los terribles cuadrúpedos. Hay, en fin, las víctimas destinadas al suplicio, los infelices esclavos, los condenados á muerte que son simplemente expuestos á las fieras; para estos, cuando no son atados á un poste ó el terror no les deja inmóviles, no queda más recurso que correr por la arena con vacilantes pasos, alargando así por breve rato con una fuga sin esperanza su angustiosa agonía.

Este horrible espectáculo pone término comunmente á los placeres del primer dia; el siguiente está destinado á las diferentes luchas de los hombres entre sí, inauguradas con el paseo al rededor del circo de carros y gladiadores. Visten éstos la túnica militar, la mayor parte cubren su cabeza con brillante capacete, y en sus armas aceradas se reflejan los rayos del sol.

Abren la marcha los que empuñan con una mano la espada y con la otra un lazo que arrojan al cuello y á los brazos de sus adversarios; por esto se llaman *laquearios*. Otros usan por armas un tridente y una red, con la que envuelven la cabeza del enemigo, y de ahí su nombre de *retiarios;* como los *laquearios* no llevan casco ni escudo. Por lo comun combaten con los *secutores;* obligados á retroceder algunos pasos, haciendo ademan de emprender la fuga cada vez que el golpe de red les sale frustrado, sus adversarios han de correr tras ellos, y por esto se les llama *secutores*. Los *threcios* se distinguen por su alfange y ligera armadura; su nombre parece indicar que los primeros gladiadores de esta clase conocidos en Roma serían procedentes de Tracia.

Los *mirmillones* se adelantan cubiertos de pesada armadura; cuando su peso les fatiga, pelean sentados ó hincada la rodilla. Esta clase de gladiadores son galos por lo comun. Los que usan un escudo que, más ancho en su parte superior vá estrechándose en línea recta y en forma de cuña, son los *samnitas;* defienden con una esponja el pecho y usan botin en la pierna izquierda; adorna su casco vistosa cimera, y son notables por el brillo de sus armas. Los *dimachi* pelean con una espada en cada mano, ora á pié, ora á caballo. Los que vienen en pos, montados y armados con lanzas, son los *andabates;* la visera de su casco al defender su frente, les cubre de tal modo los ojos que de ellos se decía que combatían sin ver. Los *essedarios* cierran la marcha blandiendo sus lanzas desde un carro, con un esclavo por cochero.

La marcial comitiva da la vuelta al Circo, descubriéndose ya en aquella pompa algo de triste y siniestro como en fúnebre cortejo. Al pasar por delante del palco imperial, uno de aquellos desgraciados grita: «*Ave, imperator,* los que van á morir te saludan.» Terminado el alarde, proceden los magistrados de los juegos á lo que se llama *composicion,* esto es á señalar las parejas de gladiadores, segun la fuerza y destreza de cada uno. En seguida los combatientes les presentan sus armas para que vean si están en regla, y comienza la funcion por justas y pasos de cortesía. Con cañas, con espadas embotadas atácanse unos á otros, hasta que los clarines dan la señal de la verdadera lucha. Un gran rumor, al que sucede sombrío silencio, manifiesta el creciente interés de los espectadores; empéñase el combate: el público excita á los combatientes, y crúzanse apuestas en pro y en contra de la vida de aquellos hombres. El gladiador que ha herido á su adversario, exclama: *hoc habet,* (eso tiene), y el herido, ú oculta la herida indicando al pueblo que no es de importancia, ó bien pide permiso para retirarse del combate. Mas sucede á veces que sin darle tiempo de pedirlo, grita el pueblo á su adversario: *repete* (repite el golpe), y al herido: *recipe ferrum* (recibe el hierro), y cuando esto sucede y las vestales, poniendo el pulgar hacia abajo dan la señal de muerte, no le queda al vencido más recurso que presentar el cuello; no ha de querer parar el golpe con la mano sino recibirlo conforme la ley profesional le prescribe, sin un grito, sin una contorsion, y caer con dignidad y hasta con arte. Si uno de aquellos infelices se resiste á morir, irrítase el pueblo contra el insolente, y de espectador se convierte en enemigo.

Sin embargo, veíase al público estremecerse de lástima y afecto al caer herido de golpe mortal algun gladiador de su predileccion; mas no eran esos sentimientos duraderos, y con la crueldad é indiferencia acostumbrada volvía á mirar las más horribles escenas. Espectadores privilegiados había que bajando á la arena mojaban la mano en la sangre que á borbotones salía de la herida del moribundo, ó la bebían como brevaje salutífero. Pero si el cadáver permanecía mucho tiempo en el Circo, si era estorbo á los movimientos de los luchadores, la imperativa gritería del público lo advertía, y con garfios era arrastrado hasta la puerta Libitina, consagrada á la muerte.

Y otra vez comenzaban iguales escenas; duelos singulares, combates por grupos, peleas generales se sucedían á la vista de la muchedumbre insaciable, cuyas emociones volvían á excitarse con los azares de cada lucha. Los aplausos, las aclamaciones siniestras, las salvajes risotadas eran como el ardiente hálito del Coliseo, y por espacio de largas horas era éste como encendido horno de crueldades y goces.

Los juegos concluían con la distribucion de premios á los gladiadores que habían sobrevivido. Y ahora, por si hay álguien que imagine haber de ser una horda de salvajes el pueblo que en tales atrocidades cifraba sus delicias, dirémos que aquel pueblo era el más culto y escogido entre todos, la flor de la civilizacion de la época, que á proporcion que se habían refinado sus costumbres, que aquella cultura había crecido y aquella mal llamada civilizacion progresado, á compas habían crecido y progresado su cruel molicie y su sed devoradora de placeres; siendo abolidos al fin los mortíferos combates de los infelices y degradados séres cuyos varios nombres en el Circo llevamos apuntados, no por esfuerzos de filósofos y sabios que abundaban, no por disposiciones de los gobiernos, todos doblegadizos ante aquel vicio y popular antojo, sino por la abnegacion cristiana. El humilde anacoreta Almachio, al dar la vida en castigo de haberse atrevido á turbar con sus reconvenciones la diversion predilecta del pueblo romano, pudo más que filósofos, que sabios y que emperadores: la sangre del mártir de la caridad restañó para siempre la que desde hacía siglos manaba constante al impulso de aquellas homicidas luchas; el generoso Almachio cayó, pero los gladiadores cayeron con él para siempre en las naciones cristianas.

Los atributos ordinarios de Júpiter son el rayo, el cetro y el águila, la reina de las aves, la que á más

Fig. 32.—Águila de Júpiter. (Moneda antigua de los reyes de Macedonia).

altura llega en la celeste bóveda, como si quisiera contemplar el orígen de la luz, que sus ojos miran sin sentirse deslumbrados. Decíase de ella ser un antiguo rey de Atenas, por nombre Perifas, tan justo, que sus súbditos le tributaban honores divinos; irritado por ello el padre de los dioses, quiso descargar contra él el rayo, pero á ruegos de Apolo limitóse á convertirlo en águila. Desde aquel entónces, decían los poetas, tiénelo constantemente á su lado para indicar que el poder y la bondad no deben separarse jamas.

Por lo comun el arte representa á Júpiter sentado en trono de oro ó marfil, con el rayo en la diestra y en la mano izquierda el cetro ó una imágen de la victoria; sus cabellos largos y abundantes caen á ámbos lados de la frente que es ancha, elevada y muy abultada en su parte inferior. Tiene los ojos aunque grandes, hundidos, y la barba larga y rizada; sus formas, si bien robustas, no son las de un atleta, y todo él respira calma y majestad. Generalmente se le pinta desnudo hasta la cintura, y cubierto lo restante del cuerpo, para denotar que, visible para los dioses es invisible para los mortales, y coronado de encina, árbol que le está consagrado.

Fig. 33.—Júpiter. (Estatua antigua).

Obsérvese, sin embargo, que no era universal este modo de representar al padre de los dioses; los cretenses lo pintaban sin orejas, indicando su universal ciencia ó su imparcialidad constante. Los lacedemonios, por el contrario, lo representaban con cuatro para que mejor oyera las preces de los mortales.

Fig. 34.—Júpiter desnudo é imberbe. (Piedra grabada antigua).

Júpiter en su mocedad aparece en forma distinta de la que toma al ser rey de los dioses; desnudo é imberbe, su diestra no empuña aún el rayo, pues no había guer-

reado todavía contra los Titanes. Es, segun Ovidio, el *Vejovis,* adorado en Roma en un famoso templo entre el Arx y el Capitolio. Gran oscuridad rodea sin embargo á este dios así invocado, y creen muchos autores que fué la representacion de un Júpiter maléfico, de una deidad de funesto influjo.

Mensajera de Júpiter era la FAMA, de la cual dice Virgilio que fué criada por la Tierra á fin de publicar los delitos de los dioses, vencedores de sus hijos los Gigantes. Júpiter, empero, le ordenó hablar únicamente de los hombres. Representábanla como una diosa enorme con cien bocas y cien orejas y extensas alas llenas de ojos en su parte interior. Pintáronla tambien como alada ninfa con una trompeta en la mano. Los atenienses le rendían culto, y en Roma le fué levantado un templo.

Del cortejo del rey de los dioses forma parte la llamada NICE en Grecia y la VICTORIA en Roma. Por lo general es representada con alas para indicar su carácter fugitivo; pero los Atenienses habían alzado un templo á la Victoria sin alas, *Aptera,* queriendo con ello significar haberla fijado en su nacion. Roma levantóle igualmente un templo, probablemente en el Capitolio, y en el Capitolio tambien se erigieron las estatuas de la Victoria que ofrecían á la poderosa ciudad los triunfadores y los reyes extranjeros. Estableciéronse juegos de la Victoria en memoria de diferentes batallas, por ejemplo el 20 de julio, en conmemoracion de la dada en Farsalia en el año 706. Despues de la victoria de Actio, Augusto levantó en el Capitolio á la diosa una bella estatua de bronce dorado, que figuró en sus funerales y fué considerada con el tiempo como la

FIG. 35.—La Victoria. (Piedra grabada antigua).

inmediata protectora del Senado; su conservacion dió lugar á animados debates en la última época del imperio; en su defensa compuso Símmaco aquel discurso suyo

La Primavera. El Otoño. El Estío.

FIG. 36.—Las Estaciones. (Bajo-relieve antiguo de la tabla de los doce dioses. Museo del Louvre).

tan conocido, y ella fué la última imágen pagana que en el año 382 de J. C. hizo desaparecer de los monumentos públicos el Cristianismo triunfante. La Victoria era representada en medallas, trofeos y arcos de triunfo con diferentes sobrenombres (armenia, pártica, médica, etc.), y distintas formas, ya en carro, ya hendiendo los aires, ya sentada, pero generalmente con una palma en la mano.

Siguen á Júpiter sus hijas las Horas, lentas divinidades, dice Teócrito, que se suceden sin jamas atropellarse una á otra, y que de continuo traen novedades. Su principal encargo es abrir y cerrar las puertas del dia, al mismo tiempo que dan madurez á las acciones de los mortales, y velan por la marcha regular de las leyes, por la justicia y las buenas costumbres. Represéntanlas bajo la forma de doncellas con alas de mariposa, bailando cogidas de las manos danza regular y sosegada. En la época primitiva parecen haberse confundido con las Estaciones, y á unas y á otras Atenas les erigió un templo.

Cerca del trono de Júpiter vénse las AETE, diosas de los arrepentidos, y las LITES que lo son de las oraciones; unas deponen á los piés de su augusto padre el dolor de los culpados; las otras, tímidas, consternadas, dejan de continuo con inseguro paso y cojeando la celeste morada y se aplican á seguir las huellas de Até á fin de reparar los males por ésta causados.

Alegría y adorno del Olimpo era Hebe, diosa de la

juventud, hija de Júpiter y Juno; ligera, esbelta, radiante de gracia y elegancia Hebe desempeñaba en el divino palacio las funciones que á las doncellas correspondían en la

FIG. 37.—Hebe. (Estatua de Thorvaldsen).

edad heróica, como eran disponer el carro de su madre, lavar y cuidar de los magníficos vestidos de sus hermanos, y sobre todo servir la copa á los inmortales. Cierto

FIG. 38.—Hebe acariciando el águila de Júpiter. (Piedra grabada antigua).

dia empero resbaló y cayó en la sala del banquete, y Júpiter desde entónces la relevó de este último cargo quedando más inmediatamente al servicio de la reina Juno.

Con el nombre de *Juventas,* y como personificacion de un atributo esencial á Jupiter era esta diosa muy venerada en Roma, tanto que se veía su estatua en el propio templo de Júpiter Capitolino. Era antiquísima costumbre hacerle ofrenda de monedas de plata al llegar un niño á la mocedad, así como al dejar el jóven la toga pretexta para tomar la viril había de subir al Capitolio para pagarle un tributo y dirigirle sus preces á ella y á Júpiter. Ceremonia era esta que en las familias opulentas tomaba los caractéres de una gran fiesta. Hacíanse ademas sacrificios á la diosa Juventas al principio del año. En el 391 ántes de J. C. erigióse un nuevo templo junto al Gran Circo, y Augusto le dedicó uno dentro del palacio imperial. Al llegar el hijo del emperador á la mocedad tomaba el título de príncipe de la juventud, y esto era motivo de grandes fiestas y solemnidades.

En el cargo de copero sustituyó á Hebe el frigio Ganimedes, príncipe bello y gallardo, hijo de Tros, monarca

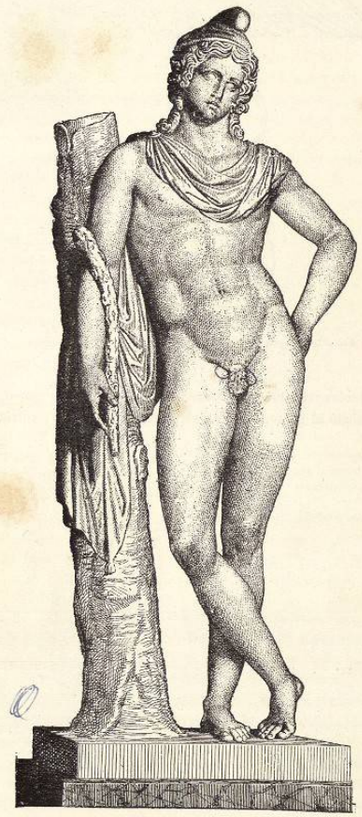

FIG. 39.—Ganimedes. (Estatua antigua).

á quien debió Troya su nombre. Cierto dia en que el mancebo apacentaba su ganado en el monte Dardanio, el águila de Júpiter, ó el mismo dios transformado en águila, le arrebató al Olimpo «para dotar al cielo, segun Homero, de una prenda de que no era digna la tierra.» «Transformado Júpiter en águila, dice Luciano, se acercó á Ganimedes y revoloteó algun tiempo á sus

espaldas; luego, aplicando suavemente las garras á sus

Fig. 40.—Rapto de Ganimedes. (Grupo antiguo del museo Pio Clementino).

delicados miembros y sosteniendo con el pico su gorro, arrebató al garzon, quien, sorprendido y turbado, volvía la cabeza y los ojos hacia su raptor.» Inconsolable quedó el rey por la pérdida de su hijo; mas Júpiter le consoló

Fig. 41.—Ganimedes copero. (Estatua antigua del museo Pio Clementino).

mostrándole á Ganimedes en el cielo, donde fué el signo del Zodiaco conocido con el nombre de Acuario; ademas el soberano de los dioses regaló á Tros unos corceles más rápidos que el viento.

CAPÍTULO III.

JUNO.

Union de Júpiter y Juno.—La ninfa Quelonea.—Atributos de Juno.—Disidencias entre los divinos consortes.—Juno en la epopeya de Troya.—Pigas, reina de los Pigmeos.—Las hijas de Cretos, rey de Argos.—La leyenda de Io.—Juno, modelo de la mujer y prototipo de la esposa.—Ilitya.—Culto de Juno.—La sacerdotisa Cidippo.—Juno *Regina*.—Juno Lucina.—*Lectisternium*.—Animales consagrados á Juno.—Iris.

UNO (*Jovino*, femenino de Jovis, en Roma; en Grecia *Hera*), es á la vez el ideal de la mujer y la reina del cielo. Hermana de Júpiter como hija de Saturno y Rea, es al propio tiempo su esposa, refiriendo la fábula que en el país de las Hespérides el rey de los dioses la enamoró transformado en cuclillo y refugiándose en su seno para librarse de deshecha tempestad. Llegado el dia de la boda, que hubo de ser muy solemne, fueron convocados los dioses, quienes acudieron todos con ricos presentes; la ninfa Quelonea fué la única que se negó á asistir á la fiesta, y áun profirió respecto de ella irrespetuosas palabras; á Mercurio, el celestial mensajero que, al notar su ausencia fué á encontrarla, dijole que únicamente se hallaba bien en su casa; para su castigo el dios la precipitó en las aguas del rio inmediato, junto con la concha que le servia de morada, y condenó su impiedad á eterno silencio. Por esto la tortuga (que esto significa en griego el nombre de la desmandada ninfa) lleva siempre su casa consigo y no profiere voz ni grito alguno.

La mayor parte de atributos del soberano del cielo poséelos tambien Juno, la cual, aunque en menor grado, ejerce la misma accion que él en los fenómenos celestes. Como Zeus, hace Hera retumbar el trueno en las alturas del éter; por medio de Boreo desencadena los vientos impetuosos que trastornan el mar, y al igual que Zeus, dice la *Iliada*, tuvo por primitivos santuarios las cumbres de las montañas donde se forman las tormentas y se amontonan las nubes cargadas de lluvia. Soberana del cielo, ejerce su autoridad sobre los astros que los esmaltan y recorren, y aunque inferior á su divino esposo, participa en todo de su majestad. Siéntase junto á